







JOSÉ LUIS MARTÍNEZ VALERO

SINTAXIS



La Fea Burguesía
— EDICIONES —

MURCIA, 2019

La editorial es consciente de la necesidad
de los recursos naturales para consumir cultura
y de la colaboración en la conservación del medio ambiente.

Así pues, por la impresión de este libro,
ha plantado un olivo (*Olea europaea*) en el paraje
de el Estrecho de la Encarnación en Caravaca (Murcia)



“Sintaxis”

© José Luis Martínez Valero, 2019
© La Fea Burguesía Ediciones, 2019
Grupo Editorial Tres y Libros, SL
Murcia, España.
www.lafeaburguesia.es

Diseño cubierta y maquetación: Fernando Fernández Villa
Imagen cubierta: Alessandro Gottardo

Primera edición: septiembre de 2019

ISBN: 978 84 120327 1 0
Depósito legal: MU 926-2019

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista
por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos
Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra

A Caty

SINTAXIS

¿CUANTO TARDA?

¿Cuánto tarda un libro en apagarse?

Unos, como las rosas, nacen y mueren en el mismo día.

Otros, permanecen siempre ardiendo bajo sus cenizas.

ME PREGUNTO

A veces me pregunto ¿qué hago yo, sentado, leyendo?, ¿qué espero encontrar?, ¿algo que he perdido y que casualmente va a estar entre estas páginas?

¿Busco entre los libros la voz de los que ya no están? Supongo que es así, y sonrío cuando descubro palabras familiares. Puede que trate de entender lo que han sido, lo que hemos sido. A veces descubro en un lugar, cuyo nombre desconocía, sombras o recuerdos. Sé que he estado ahí, pero es ahora, cuando por fin relatará lo que ha permanecido tantos años en silencio.

Este es un tiempo en el que a veces la lectura se interrumpe.

El hombre o la mujer salen de su casa, van de visita a un pueblo cercano y, cuando intentan regresar, sus vecinos han establecido una frontera, les niegan la entrada. Entre tanto para sobrevivir tendrán que hacer afirmaciones, renunciar a palabras que les son queridas, desconocer libros que han leído, autores que han conocido.

A veces cambian de idioma.

También puede ocurrir que, ese mismo hombre y esa misma mujer, se vean obligados a partir y, sin volver la vista atrás, se trasladen a otro continente. En este caso, aunque todos habían leído los mismos libros, los mismos periódicos, afortunadamente nunca llegaron a pensar lo mismo, sin embargo, han convertido sus palabras en algo contrario, tanto que tras el combate, unos han ganado y otros perdido. Este hombre y esta mujer que pertenecen a los ven-

cidos, pasarán más de veinte años fuera de su tierra, y cuando vuelvan a ella tendrán que leer mucho para, si aún es posible, continuar.

Hay un muchacho muy lejano que quizá se parece a alguno de nosotros, está sentado sobre una piedra en medio de campos sin lluvia. A su espalda se alzan montes, oye el hilo del agua que cae en una fuente próxima, entre tanto levanta la cabeza del libro en que ha estado leyendo, y en ese momento, la tierra, el sol, la sombra del árbol que lo cubre, el monótono sonido de las cigarras, le parece que conforman el mundo. El libro los ha convocado a esta unidad que antes no existía.

CUANDO ERA NIÑO

De cuando era niño recuerdo una vitrina en la que mi padre, con intención didáctica, había coleccionado su particular museo de Ciencias Naturales.

Se podían ver diferentes capullos de seda, que, cortados hábilmente, mostraban las fases de su desarrollo; una pequeña colección de caracolas, algunas procedentes de África, regalo de los pescadores; minerales: pirita, galena, barita, yeso, propios de la región y tubos de cristal con contenidos diversos, entre los cuales, uno en el que se podía ver el mercurio, que me entusiasmaba por el misterio de su peso, sentía el placer de la gota sobre la mano. Con piñas había compuesto una especie de bosque que daba a aquel paisaje cierto aire alpino.

Que aquellos objetos tuviesen nombre, era un misterio, porque sólo eran piedras. El secreto estaba en aquellas denominaciones que dotaban de singularidad a cada una de las cosas que allí había.

Lo que más me intrigaba era una pequeña caja de cerillas, que encerraba el minúsculo esqueleto de una lagartija. Mi padre debió guardar uno de los huevos que sus alumnos le llevaron y, al curso siguiente, cuando fue a mostrarlo, ya no quedaban sino unos trozos del mínimo cascarón y el pequeño esqueleto con su cabecita levantada buscando la luz.

Esta caja de cerillas, los nombres que aparecían pegados a los minerales, caracolas y tubos, creo que encierran, como en una fábula, aquellos años. De ellos y su combinación nace mi interés por la sintaxis.

LA PROVINCIA

La provincia es una costumbre y es lo mejor que le puede pasar a alguien, dicen muchos. Unos pocos, al contrario, lo tienen por el peor mal que les podría haber ocurrido. Al pensar que todos son conocidos, se limitan a una visión moral, cuyos ancestrales prejuicios son paralelos al plano de la ciudad.

Conserva la provincia cierto aire de corte italiana, a veces se puede descubrir un maquiavelismo soterrado. Las caras largas no deben ser confundidas con cortesanos, ni sus hábitos, recién planchados, inducirnos a error. La provincia generalmente es levítica, tiene esas maneras melosas de los que durante siglos han ejercido de directores de almas.

A veces llegan los poetas y tratan de romper esa monotonía de noria vieja y, dicen sin decir, desencadenan argumentos que permanecían en estado latente. Claro que esto sucede muy pocas veces, e incluso en muy pocas, justo es decirlo. Son poquísimos los que se atreven a asistir a cualquiera de esos eventos, si no tienen una rentabilidad política o social. La mayoría prefiere decir que, ellos, no leen poesía, que no están preparados, pretenden subir a las cumbres sin dar un paso.

El provinciano vive sobre un conjunto de contradicciones; otros lo llaman confusiones. Aquí es necesario calcular cuándo los medios mantendrán a los posibles asistentes animando un encuentro deportivo, hasta el punto de que, si, por un error de programación, el acto poético ocurriera en ese día, el conferenciante o el presentador, o el director general,

encargado de abrir el acto, han de alabar la presencia de los oyentes, ya que han resistido la tentación.

No siempre es posible agradecer la presencia de los oyentes en esos días señalados, pero también es verdad que los hay contumaces y que, pese a la lluvia, al frío y al espectáculo, siguen figurando entre los que esperan que el conferenciante, el poeta, el novelista aporten algo.

Sean bienvenidos estos que siempre están, que casi podría nombrar, pero por no rescatarlos del anonimato en que prefieren vivir, mi lengua permanecerá callada, aunque uno de ellos se llamara Paco y sonreía siempre, cosa que definitivamente importa, pues ahora que ha desaparecido, será difícil encontrar otro que lo sustituya.